

# LA REVELACION.



REVISTA ESPIRITISTA

Año IX.

SALE UNA VEZ AL MES.

Núm. 10.

## ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscripcion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 30 DE OCTUBRE DE 1890.

## LA OBRA DEL HOMBRE.

### LA FELICIDAD.

Juan envidia de Bruno la nobleza  
Y Bruno á Juan envidia la riqueza;  
Ambos envidian á Luis la calma,  
Y éste envidia á los dos con toda el alma;  
Honores y fortuna ¡Qué simpleza!  
Bruno con lo de Juan feliz sería,  
Juan sería feliz con lo de Bruno;  
Lo de Luis á los dos contentaría,  
Y á Luis feliz lo de los dos haría.  
¡Y con lo propio no es feliz ninguno!  
Podemos deducir de estos extremos  
Que de la vida atados en el potro,  
Felicidad es lo que no tenemos,  
Tal vez mejor diremos;  
Felicidad es lo que tiene el otro.

Joaquín M.<sup>a</sup> Bartrina

¡Cuán profundamente práctico en la lucha de la vida se conoce que era el joven poeta que no hace muchos días dejó la tierra, y cuán bien pinta el continuo descontento del

hombre, que corriendo tras de un imposible, siempre contempla las tinieblas sobre sí, viendo los rayos luminosos sobre los demás. Todos los hombres parecen ciegos de entendimiento, por que ninguno vé que en el mismo lleva la parte de felicidad que á su espíritu corresponde.

El espiritismo indudablemente es el oculista encargado de operar las cataratas del entendimiento humano, él le ha hecho, le hace y le hará ver al hombre que la felicidad no es la riqueza de Juan, ni la nobleza de Bruno, ni la calma de Luis, por que todas las posiciones de la vida son adecuadas al adelanto de cada espíritu. El que por luchas anteriores no pueda vivir en calma, aunque todo le sonría en este mundo, siempre tendrá un infierno en su corazón; esto se vé continuamente; hay seres ricos, considerados y respetados en la sociedad, que nada les falta para ser dichosos, y sin embargo...son profundamente desgraciados. Conocemos á un joven de buena familia, que posee un excelente corazón, que disfruta de un posición desahogada, que quiere á los suyos entrañablemente cuando está lejos de ellos, y cuando está cerca les encuentra mil pequeñas faltas que le molestan y le impacientan. De bellísimos sentimientos, siempre se acuerda de los pobres, y hasta cuando va al teatro dice para sí:—Si tomo una butaca me costará mucho dinero, más vale que me vaya al último piso, y lo que había de gastar en un lujoso asiento, que lo dé á los pobres.

RR-860

Y así lo hace, recibiendo por su buena acción más bendiciones que los "chicuelos" de una aldea, al ser visitados por un Obispo, de modo que si pregunta á su conciencia, ésta debe responderle: — *Estoy contenta de tí*, por lo tanto, ¿qué le falta á nuestro amigo para ser feliz? lo principal, *poder serlo*; porque en realidad es profundamente desgraciado; quiere crearse una nueva familia exclusivamente suya y no encuentra mujer que le haga sentir; y cuando alguna le inspira simpatía, comienza á pensar si al casarse cambiará de carácter, si será casquivana y con sus coqueterías le hará sufrir el horrible tormento de los celos, ora si será demasiado ignorante que no le comprenderá y le hará vivir solo; y en esta lucha titánica que ofrece el dualismo, van pasando los años de su hermosa juventud envidiado de muchos, y desventurado en medio de múltiples condiciones que podría, si lo mereciera, hacerle dichoso. Es joven, simpático, ocupa una buena posición social, muchos pobres le bendicen, y sin embargo, su espíritu está inquieto, receloso, duda de sí mismo, teme al porvenir y le aburre el presente ¿qué misterio encierra esta vida de ocultos azares, de ignorados dolores, que tiene en la actualidad cuanto se necesita para ser dichoso, y apesar de esto es un espíritu enfermo, cuya enfermedad es incurable?

¿Merece esté ser, por sus generosos sentimientos, ser tan desgraciado? No; debía por su vida presente, gozar de la dulce calma de los justos, y cuando no la tiene es señal evidente que humanamente no puede tenerla, porque anteriormente no se la ha sabido crear.

La gran obra del hombre es formarse una atmósfera luminosa, donde su espíritu se envuelva en efluvios de luz y de amor, y cuando no lo consigue, no eche la culpa á nadie, diga únicamente, ayer fui indolente, ayer no trabajé en mi progreso, y como no anduve la jornada que me tocaba, hoy me encuentro á la mitad del camino, y es inútil envidiar la tranquilidad de otro, por que el que vive intranquilo, no viviría dichoso con las condiciones que vé en su vecino;

porque como su espíritu no está en estado de disfrutar los gozos de la paz íntima, aunque todo le sonría, le sucederá como á nuestro amigo: que siempre encuentra un algo inexplicable que le hace sufrir, una vaga inquietud que le hace suspirar.

La riqueza es una de las cosas mas deseadas por el hombre, y tantos ricos viven muriendo en medio de su fastuosa opulencia y no es porque la riqueza sea origen de sinsabores; no, nada de eso; no somos de los adustos filósofos que niegan los placeres que proporciona la abundancia; único negaremos que una cuantiosa fortuna es causa de muchas satisfacciones, de mil comodidades, de innumerables distracciones que alegran la vida, que ayudan al espíritu á engrandecerse, á elevarse, á instruirse, porque un hombre rico puede viajar, puede estudiar, puede adquirir todo lo necesario para dilatar, para educar convenientemente su inteligencia, contemplando nuevos horizontes, admirando el trabajo y la industria de las diversas razas que pueblan la tierra. Puede ser útil á los demás, amparando al débil, consolando al triste, protegiendo al artista; un hombre rico puede ser la imagen de la Providencia en la tierra.

Considerada así la riqueza, ¿dónde puede haber más felicidad que en la posesión de inmensos tesoros? porque éstos son armas poderosísimas para conseguir todo lo bueno, todo lo grande que se puede realizar en este mundo; y sin embargo, muchos ricos son pobres, muchos que parecen venturosos son desgraciados; y se hace muy mal en envidiar riqueza puramente monetaria, porque la riqueza material es fuego fútil, si no le sirve de sosten la grandeza y nobleza del alma, la pureza de la intención; así es que el pobre de alma es inútil que envidie las riquezas, porque aunque poseyera los tesoros de Creso, sería siempre el último mendigo de la Creación, y no encontraría placer en la abundancia; porque su misma avaricia le haría vivir pobremente; por lo tanto, sin ningún género de duda, podemos asegurar que el oro es fuente de placeres y germen de inquietudes, manantial de alegrías y rau-

lial de dolores, causa de grandes adelantos y piedra fundamental de gravísimos desagüeros y de trascendentales escándalos, y es gran verdad envidiar la riqueza sin antes preguntarse: —¿Sabré yo ser buen rico?

El talento también es muy envidiado; por que un sabio ocupa una brillantísima posición social, inspira profundo respeto, les son dispensados muchos de sus defectos, aplaudidas sus excentricidades, comentadas favorablemente sus mas sencillas acciones, y aunque nunca le faltan enemigos al hombre sabio, son los más, los que le rinden culto á su sabiduría; y aun sus mismos contrarios en el mero hecho de ocuparse de él, demuestran que algo vale cuando consigue atraer la atención general, ya sea en pró, ya sea en contra; por esto un hombre sabio es envidiado, y la generalidad cuando le nombra exclama entusiasmada: ¡Quién supiera tanto como él! Y sin embargo hay muchos *sábios* que son completamente idiotas, y tiene á veces mas buen sentido un rústico labriego, que un dócto académico; porque hay muchísimos sábios que desgraciadamente desconocen por completo el principio de la sabiduría, puesto que niegan á Dios; y van descubriendo las eternas leyes de la Creación, y van inventando y adquiriendo todos los instrumentos necesarios para penetrar con la mirada del génio en el fondo de los mares y en las profundidades del espacio, y al ver este adelanto, dicen como el grájo de la fábula: ¡Qué grande soy! ¡Mis ojos penetran en el infinito!... ¡En la Creación ya no hay secretos para mí!

¡Todas sus fuerzas sé como funcionan!

¡Todos sus elementos sé como se combinan!

¡Todos sus flúidos sé como se confunden para hacer el compuesto de la vida! ¡Toíó, toíó lo sé! Y sin embargo, esos sábios que *todo lo saben*... tienen qué decir con amarga impaciencia en un momento de incertidumbre, lo que dijo Bartrina en un instante de sublime duda:

«Mas ¡ay! qué cuando exclamo satisfecho:  
Toíó, toíó lo sé!

Siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho  
Un algo, un no sé qué.»

Ese *no sé qué* es la voz de Dios que murmura á su oído: ¡¡INGRATO!! Son muchos los sábios que son los grandes ingratos del mundo; y como no hay culpa sin pena, su científica ingratitud tiene su correctivo, y los pobres idiotas, los desgraciados sordomudos, todos esos seres que viven presos de sí mismo, son los grandes sábios de ayer, los que decían *todo lo sé!* pero que ignoraban lo principal, la continuidad de su vida, la eterna personalidad de su espíritu y el progreso indefinido de las almas en un ilimitado porvenir: así es, que la sabiduría de los escépticos es lluvia de fuego que solo deja tras de sí tibias cenizas. ¿Se debe envidiar semejante sabiduría? No.

El sabio orgulloso es flor sin aroma!

¡Es árbol sin fruto!

¡Es arenal estéril!

¡Es un cadáver galvanizado! Puedo sermos útil el adquirir defectos científicos que oscurezcan humildes virtudes? No, y mil veces no; por esto no debemos envidiar á los hombres sábios, sin antes preguntar á nuestro entendimiento si seríamos bastante razonables para reconocer una suprema inteligencia dominando en absoluto sobre todo lo existente, rindiéndole culto á Dios en los eternos altares de la ciencia y de la caridad.

¿De qué le servirán al hombre orgulloso y ateo los conocimientos científicos? de fatal estímulo para adquirir imperfecciones y grandes responsabilidades; hé aquí por que es inútil la ciencia para ciertos seres.

La felicidad, como dijo el poeta, *no es lo que tiene el otro*, la felicidad consiste en el grado de perfección de cada espíritu. La ciencia puede hacernos dichosos si somos humildes y sencillos, si como las flores, esparcimos el aroma de nuestros conocimientos entre los que nos rodean, sin petulancia, sin desdén, sino sencillamente, dando con amor, lo que con amor recibimos. La ciencia comprendida de este modo, es lluvia bendita que fecundiza la tierra, y deja tras de sí, flores y frutos.

La riqueza, si, nos sirve para difundir el consuelo, para convertirnos en activos agen-

tes de la providencia, para ser la esperanza de los desamparados, el ángel de la guarda de los afligidos, el padre de los huérfanos, para ser en fin, el agua de salud que cure todas las dolencias de la humanidad: ¡benedita sea entonces la riqueza! porque es un caudal inagotable de felicidad.

La tranquilidad, la calma del espíritu es un estado envidiable, si no es la calma del egoísta, si no es la tranquilidad del indiferente que ve hundirse el mundo, y mientras a él no le caiga encima sonríe sereno. La calma de esta especie es un estacionamiento fatalísimo para el espíritu, de trascendentales y funestísimas consecuencias, así es, que no debemos envidiar esto ni aquello sin antes preguntarnos a qué altura nos encontramos en sentido moral é intelectual.

La gran obra del hombre es trazar los planos de su felicidad, y para tirar las primeras líneas y formar los primeros ángulos, no debe mirar el dibujo lineal de los otros, sino estudiar en sí mismo y trabajar en su progreso, y de este modo será un buen rico, será un sabio humilde y profundo, será un alma serena fuerte en la lucha, resignada en la prueba, y heroica en la expiación. Será siempre grande y en todas las circunstancias de la vida será verdaderamente feliz; porque la felicidad humana no consiste mas que en el cumplimiento del deber. El que sabe cumplir con todos sus deberes, es el espíritu mas dichoso.

Conste pues, que la felicidad no consiste en lo que no tenemos, ni en lo que tiene el otro, la felicidad es la ciencia y la virtud en acción, es la práctica de la ley de Dios, y esta felicidad suprema la llevamos en nosotros mismos.

Trabajemos en nuestro perfeccionamiento, miremos en el progreso la fuente de la vida eterna, tengamos voluntad para ser grandes, y la felicidad nos sonreirá amorosa brindándonos las espléndidas moradas que nos reserva nuestro padre en los innumerables mundos que pueblan el infinito.

*Analía Domingo y Soler.*

## LUZ Y SOMBRA.

Requena 16 de Agosto de 1880.

(Conclusion.)

No intentes ya retroceder, será en vano. Cómo no puede haber dos primaveras en un año, no es posible dar dos infancias a la inteligencia. Sin que te sea susceptible el dominarte, sin conseguir entrenar ni contener el vértigo que te abalanza sobre el vacío, sin darte cuenta del torbellino envolvente que te arrastra como si tu propia desesperación desencadenase nuevas energías, harás tristes descubrimientos al explorar el antiguo paleoquede tus convicciones, cuyo armonioso y magnífico edificio, herido en sus cimientos por el contundente rayo de tu sana crítica, acabará por desplomarse con terrible estruendo, como castillo colosal sobre movable arena edificado; y tu asombro se trocará en espanto cuando encuentres el enigma encerrado en las respetadas verdades a las que rendías fervorosa veneración en el recinto de tu conciencia, y rasgues airado en el colmo de tu sacrilego furor el púdico velo que encubría los contornos de aquellas misteriosas esfinges.

Habrà llegado el instante supremo de los estigmas, de las maldiciones, de los anatemas. La revolución ha alcanzado su apogeo, y va ahora a destruir. Aquel Dios-providencia que te forjaras en las cimas de tu razón como la cúpula peregrina é inmovible y la piedra angular del majestuoso templo de tus creencias, rico en bondad, prodigo en gracias, infinito en saber, arquetipo, descenderá confundido y avergonzado de su excelso trono y se ocultará silencioso y sombrío perdiéndose entre la neblina de tus pueriles supersticiones, sin dejar en su vacío lugar ningún otro Dios que te ampare en tu orfandad y en tus calamidades; y toda aquella serie de ideas, escala mística que te conducía hasta Dios, centelleando en tu mente como eternos lumináres ó inextinguibles lámparas que ardían ante su altar, trasformarán en ídolos ridículos, parodia

insuportable y necia preocupacion, pareciéndote fugitivas estelas ó pálidas nebulosas que acabarán por extinguirse y desvanecerse ante la cárdena luz de tu exterminador criticismo; y así, de abismo, de negacion en negacion, profanado el santuario de tus creencias, escarnecidos tus dioses, heridas de muerte tus esperanzas, desquiciado el órden moral, quebrantadas las armonías de la naturaleza, subvertido y dislocado todo el admirable organismo de la ciencia, que tanto laborioso esfuerzo te costara erigir; con la asquerosa y torpe blasfemia manchando tus labios y la sardónica duda envileciéndote tus mas acendrados afectos; con el dolor, con el implacable dolor mordiéndote rabioso en mitad del pecho, te sepultarás al cabo desde tu antiguo romántico éxtasis en el despenadero lóbrego é insondable del escepticismo; selva horrible é infranqueable á la que todos tenemos forzosamente que llegar al frisar la edad madura, y al desvanecerse ante la luz y la realidad los juegos fantasmagóricos del espíritu: *nel mezzo del camin di nostra vita*, como exclamaba el melancólico solitario de Vallclusa.

¡Caida horrible! ¡Descendimiento deplorable y conmovedor! El ángel sumido en el lodo, perdidas sus alas de gasa, solo tiene ya alientos para blasfemar y rebelarse airado contra el tirano que así lo maltrata. El riente y místico optimista se ha trocado en pesimista lúgubre, mostrándose al fin, tras de opaca y pavorosa niebla, la irónica figura de Schopenhauer. Es Job que se lamenta ó Fausto que ríe. Espantosa carcajada que resuena en las concavidades del infierno.

Acaso apártes con horror tu vista perturbada por tan negro cuadro. Creerás que exagero, que éste tránsito no es tan triste y desolador. A tan baladí objecion, solo una respuesta he de darte; lo he pasado yo: esta ha sido la extraña palingenesis que ha recorrido mi espíritu. Fui, como tú, dogmático devoto en un principio, para convertirme luego en crítico descreído y mordaz, y por último en excéptico consumado. A fuerza de mucho creer, mi alma, que, como todas, se cansa tambien de la dicha, arrinconó y se

emancipó de la égida de su religion infantil, se proclamó libre y autónoma, y apoderándose de ella la voraz ansia del análisis, no respetó nada; y puestos en tela de juicio Dios y el mundo, fuerza y materia, leyes y fenómenos, ciencia y arte, religion y moral, sociedad é individuo, cuantos problemas é incógnitas constituyen la eterna indagacion del espíritu filosófico de la humanidad, todo fué discutido, negado, pulverizado, descaujado y trasfundido. En toda inteligencia medianamente ilustrada, no lo dudes, se suceden unos tras otros esos tres momentos de evolucion, más ó menos distintos, que consuman el tránsito de la edad pueril á la época de la virilidad y de la razon; dogma, critica, duda, Agustín, Kant, Voltaire. Circulo dialéctico é inexorable que inutilmente intentarás romper, porque es la marcha necesaria y lógica del pensamiento tomando posesion de si mismo.

Me preguntarás: ¿Luego persigo solo fantasmas de mi calenturienta imaginacion? ¿No me resta ya ningun consuelo? ¿Haremos de despreciar y divorciarnos de la vida, ya que esta constituye el mayor de nuestros infortunios, y amar el horrible frio del no ser? ¿Es que la existencia se reduce á un sollozo y un dolor prolongados desde la cuna hasta el sepulcro; es que el individuo está condenado al fatalismo más estúpido y degradante, *victimas de un gran egoista que nos engaña*; es que la vida de la humanidad realizada en la historia, nuestro sopio el desgarrador espectáculo de una guerra sin tregua, en un combate secular por la propia conservacion, en cuyos anales brillan exclusivamente los escándalos de la fuerza, del éxito y de la brutalidad? ¿Es que para ese gran déspota que tan despiadadamente se divierte con nosotros, representan y significan lo mismo la raza de los mártires que la raza de los tiranos, los Espartacos y los Giordano Bruno, que los Calígulas y los Nerones, los hombres de génio que los monstruos de la Barbaria. Sócrates y Erasmo, que Atila y Genghis-kan? ¿No hay sancion penal ni premio para nada; no existen el mérito y el demérito, se abisma y se con-



funde todo en la sombra y en el caos? ¿Hemos de dejarnos, con el téntrico Leopardi, de *il commun danno è l'infinita vanità del tutto*? ¿Quieres, por último, que abdique resueltamente mi personalidad, que apague la radiante centella de la idea que fulgura en el caldeado crisol de mi cerebro, que ahogue el manantial inagotable de afecciones que hierven en mi corazón, para abandonarme en brazos del ciego y pusilánime pesimismo? ¿Vas á escribir también sobre ese ceñudo y espeluznante edificio de ruinas, dolores y lágrimas que ha delineado el famoso lema: «deponed aquí toda esperanza»; que el Dante leyera al penetrar en el infierno?

Me apresuraré á contestarte. No conviene mantener en tan cruel incertidumbre al acobardado espíritu. La duda lacerante que tales estragos causa, el criticismo que tan horriblemente ha devorado tus creencias, son ¿quién lo dijera? el instrumento providencial de la verdad. Hay una duda fecunda, que purifica el espíritu, como la tempestad el aire ambiente, ó como la revolución la atmósfera social.

Después de destruir es forzoso reedificar. La tormenta habrá barrido lo perecedero, lo deleznable, lo contingente, lo relativo; pero habrá dejado en pie lo que no podía menos de respetar: lo eterno, lo infinito, lo invariable, lo divino. La razón no puede sucumbir: ella, adoptando la frase feliz de un célebre y sócarron excéptico acaba siempre por tener razón. Cuando te encuentres en el período álgido de la desesperación, guárdate de blasfemar; esa ira altanera es sin embargo impotente, y prueba nuestra propia debilidad: nada adelantarás con maldecir; en todo caso valdría más resignarse. Por descreído y trastornado que sea un hombre, por decidido anarquista que se muestre, luego que hayan transcurrido esas horas de fiebre, cuando la electricidad de su sistema nervioso se haya descargado y sus fluidos se hayan equilibrado, restableciéndose la calma en toda su economía, se arrepentirá de sus extravíos y tributará culto á ciertos principios siempre irrefragables. Nutrese la inteligencia de ideas, como el sentimiento

de afectos: necesitamos vivir de esperanzas que presten calor á nuestras paralizadas potencias: ¿qué importa que la alusión sea el brillante y fugaz relámpago que ilumina un instante la tenebrosa noche del alma, si ellas se suceden sin interrupción en el curso de la vida como destellos de la divinidad, que jamás desampara á los que lloran? ¿Quién sabe si ellas son, como cantaba el poeta:

...«memoria

acaso triste de un perdido cielo,  
quizá esperanza de futura gloria?»

Si es el hombre, según la patética leyenda de Platon, «un ángel caído que se acuerda del cielo», ¿quién sabe si son secretos presentimientos de la nueva patria que se avecina en las siempre risueñas playas del porvenir, que cual bella Arcadia ó otra Jerusalén Apocalíptica resplandecen ante nosotros con fulgores divinos?

Tengamos fé en nuestros medios de conocer.

Reconstruyamos, si; imitemos al desengañado Cándido, cultivando de nuevo el abandonado jardín de la inteligencia. Este exceso de vida, esta fuerza latente, esta exuberante y fogosa actividad que se oculta bajo nuestros cuerpos, hay que utilizarla con provecho; que después de las grandes crisis, el espíritu ve luz, dispersa por su propia fuerza de irradiación las tinieblas que le circundan, acalla el triste y monótono lamentar de la acobardada fantasía, y proclamada una vez más su libertad é independencia en medio del Océano de vida que le rodea, para que la alegría que acompaña al trabajo y el placer del reanimado calor vital veagan á ordenar su conducta y á marcarle el rumbo en el misterioso arcano del tiempo y de lo futuro. Somos poseedores de un rico y cuantioso tesoro de actividad; hay en nosotros embriones y embozos fecundísimos, vocaciones, tendencias, pasiones, facultades, esperanzas que la sórdida y miserable sonrisa del excéptico no alcanzaba á aniquilar.

No te apesadumbres, pues, inolvidable amigo. El estudio y el trabajo son la comunión directa del hombre con Dios: conságra-

te á ellos con firme energía, cultiva la inteligencia con la devoción natural que se excita en el alma ante la mística contemplación de la verdad, y sentirás como desciende Dios sobre ti; y verás renacer la perdida calma en tu espíritu, y la paz en tu alterada conciencia, reconciliándote definitivamente con lo que un gran filósofo llamó «postulados de nuestra vida moral.»

¿Es, en fin, la vida una lúgubre tragedia? ¿Es una farsa sin sentido, sombras que nos agitamos en el imposible y mudo vacío? ¿O es acaso un complicado drama cuyo desenlace solo conoce el porvenir? En las situaciones críticas podremos afirmar lo primero; de ordinario crearemos lo segundo, pero la última opinión nos parece la solución más acertada y racional. Cuando la razón habla, creemos oír un oráculo divino. Siguiendo sus inspiraciones, nuestro destino es trabajar, trabajar siempre, para convertir nuestra vida en la escuela del espíritu y en bello y animado poema donde resplandezcan la virtud, la justicia, la sabiduría, labrándonos así nuestra felicidad venidera. Así se explica que seámos los obreros de nuestra propia suerte, aplicándonos á realizar la educación más admirable; la política individual, el *arte de la vida*. «En cada criatura mortal, dice Ed. Quinet, se oculta un Fídias; es un escultor que debe desbastar y pulir su mármol ó su barro hasta hacer salir de la confusa masa de sus groseros instintos una persona inteligente y libre.»

*Macte ánimo, joven.* La batalla será ruda, las contrariedades grandes, pero no olvides el aforismo antiguo, «*Omnia vincit labor.*» Y ¡cosa singular! tan la seguridad, amigo mío, de que cuando vuelvas á la interrumpida labor, perseverando en estas doctrinas, con las lágrimas del pesar, caldeando todavía tus mejillas, acabarás por exclamar como en la primera venturosa época de tu vida, ¡oh ideal; tú solo existe!

*Luis Enrique Ripollés.*

## CEMENTERIOS NEUTRALES.

Solo los cementerios consagrados al culto de todos los muertos sin distinción de creencias, pueden evitar los deplorables espectáculos que se presencian continuamente, garantizar la verdadera libertad de conciencia y conciliar ese sentimiento de respeto á los muertos que ha existido y existe en todos los pueblos con el derecho de la religión á enterrar á los fieles segun los ritos de su Iglesia.

El sistema de los cementerios confesionales ó consagrados á cada culto por medio de una bendición general, ocasionará siempre aquellos conflictos de que ya hemos hablado entre la Iglesia y el Estado, dará lugar á aquellos desentierros, tan opuestos á las leyes de la caridad y á los preceptos de la higiene, que se verifican todos los días en nombre de la religión, provocará aquellas discusiones tristísimas con una familia ya desolada, sobre la fé y la conducta del difunto, agobiándola de desconsuelo en aquellos dolorosos instantes; lamentables escenas que han de herir la misma fé y piedad de los buenos creyentes.

Pero no es esto todavía lo mas grave. Con los cementerios confesionales ó separados por cultos se oprime la conciencia humana en la hora suprema de la muerte, sobre todo en los países donde como en el nuestro predomina la religión católica. El hombre al morir no tiene derecho de pensar libremente en Dios y en su conciencia, porque teme ser enterrado con oprobio y censura en aquel cementerio, especie de muladar, destinado exclusivamente á los réprobos y condenados, porque teme que caiga una nota infamante sobre el nombre de su familia, porque teme dejar una mala memoria de su vida, porque teme, en fin, no poder descansar al lado de sus padres ó de sus hijos ó de su esposa y verse desterrado del sagrado panteón de sus ascendientes.

Existe, no puede negarse, y muy arraigado en ciertas personas, ese deseo de querer descansar al lado de las que nos fueron mas queridas en vida; pero el cementerio

confesional no respeta ese noble sentimiento, y el hombre se encuentra muchas veces en la cruel alternativa de renunciar á ese vivo deseo, al consuelo de que sea la misma losa la que cierre sus cenizas y las de su familia, ó ahogar en la conciencia la nueva fé por purísima que sea, y ser hipócrita y mentir en el momento mas solemne de la vida, en la hora de la muerte. Estas son las consecuencias de nuestro sistema de cementerios.

Los mismos buenos católicos sufren tambien los efectos de esta organizacion. Conocemos á una jóven de nobilísimos sentimientos que tiene á su madre enterrada, por haber muerto protestante, en el cementerio de los réprobos y apesados. La hija es piadosa creyente, pero como buena hija venera la memoria de su madre á quien habia idolatrado y de quien habia recibido cristianas virtudes y buenas enseñanzas. Esta jóven, como católica, no podrá cuando muera reposar al lado de su madre; los Cánones de su Iglesia prohíben que los cuerpos de los fieles sean enterrados en los cementerios de los pecadores. Ha de faltar á los preceptos de su religion, ó ha de desoir y ahogar la voz poderosa de ese natural sentimiento que la llama al lado del sepulcro de su querida madre. ¡Cuántas veces con lágrimas en los ojos la jóven católica nos ha hablado de este conflicto!

Con este sistema de cementerios separados por cultos, ó se lastima el sentimiento general de respeto á los muertos, independiente de toda creencia religiosa, desenterrando y perturbando la paz de las tumbas, sepultando á los que mueren fuera de la Iglesia con cierto carácter de abandono y deshonor, y separando otras veces los restos de personas que se amaron entrañablemente y vivieron siempre unidas; ó se ha de atacar el sentimiento religioso, exigiendo inhumaciones en tierra bendecida no permitidas por los preceptos de la Iglesia.

Únicamente los cementerios neutrales y comunes, consagrados á todos los muertos, pueden armonizar estos graves conflictos, garantizando la libertad de conciencia y sal-

vando este natural sentimiento de respeto á los muertos sin atacar en manera alguna los derechos de la Iglesia, ni impedir los ritos y ceremonias religiosas dedicadas á las almas de los difuntos.

Porque cuando hablamos de cementerios neutrales abiertos á todos los muertos, no queremos decir cementerios civiles é irreligiosos, de donde se haya desterrado la intervencion del Poder espiritual y de los ministros del culto. En todos los pueblos toma parte la religion en las ceremonias fúnebres, y en todos los tiempos se ha invocado la proteccion de Dios sobre los sepulcros. La humanidad ha mirado siempre como inseparables el culto de los muertos y la idea religiosa, verdadero consuelo para los que creen en la inmortalidad del alma y en la vida futura. Intentar, pues, escluir la religion del lado de la muerte y acabar con los ritos fúnebres, seria herir un sentimiento universal. Los cementerios neutrales no rechazan, pues, la intervencion religiosa; cada Iglesia puede bendecir las tumbas de sus creyentes; solo que en vez de la bendicion general que se dá á los cementerios confesionales, existirian las bendiciones particulares que los ministros de los cultos dispensarian á las sepulturas de los que murieran dentro de su comunión.

Este sistema de cementerios es el único que salva y concilia todos los conflictos, el único que pueden admitir los que aceptan la libertad de cultos, y el que debería pedir la misma Iglesia para que su jurisdiccion fuese respetada y para evitar las continuas profanaciones que hoy experimentan sus Campos-santos bendecidos.

Los cementerios neutrales ya existen en muchos países, cada dia van generalizándose, y la misma Iglesia los ha aceptado, teniendo tal vez presente que el mismo San Agustín decia, *que era la oracion lo que aprovechaba á los muertos, no el lugar en que se les enterraba*, y que ilustrados prelados como Monseñor Gaudry y Monseñor Affre habían dicho tambien, «que el cementerio no es lugar especialmente destinado á los cultos, sino una sepultura de los ciudadanos.»



En París son neutrales los cementerios, abiertos á todos los cultos y á los muertos que no lo tienen, bendiciendo el cura católico la sepultura en cada inhumacion. Neutrales tambien son en muchas ciudades de Suiza, de Bélgica y de los Estados-Unidos, en cuyos cementerios se hallan confundidos los restos de los católicos con los de los protestantes, de los espiritistas y libre pensadores. En la misma Italia ya de hecho han quedado neutralizados los cementerios. Dependen hoy de las autoridades municipales y la inhumacion es un acto puramente civil á que tiene igual derecho todos los ciudadanos. En Roma, en la capital del orbe católico residencia del Pontífice, ya los cementerios se hallan bajo la esclusiva vigilancia de la administracion civil, sin que se cierren sus puertas á ningun cadáver. Y en otras naciones, sobre todo en España, la intolerancia religiosa todavia arranca de las sepulturas cadáveres en descomposicion despues de un mes de enterrados, y arroja todavia á cualquier rincon inmundo los cuerpos de los que creen indignos de tierra santa, atropellando las leyes de la humanidad y de la salud pública.

Y si á la existencia, ya aceptada por la Iglesia, de los cementerios neutrales en varias ciudades, se añaden las consideraciones que hemos indicado en anteriores escritos, de qué es inexplicable la separacion entre los muertos cuando existe la comunicacion entre los vivos por opuestas que sean las creencias, cuando los mismos Pontífices viven en tratos con los infieles y hereges y les reciben hasta con honores en sus palacios, y de qué ya no puede decirse con San Leon: *Quibus vivis non communicamus nec mortuis communicare debemus*; si se tiene en cuenta además que en nuestra misma patria, á pesar del dominio que ejerce la Iglesia, han quedado ya de hecho profanados todos los cementerios católicos con las continuas inhumaciones de usureros, duelistas, lidiadores, suicidas, cómicos é impenitentes y hasta ateos, á quienes los Cánones de la Iglesia niegan terminantemente la sepultura sagrada, habrá de convenirse en que el

sistema de los cementerios exclusivos para cultos es verdaderamente insostenible.

Por esto abogamos por los cementerios neutrales y comunes, abiertos á todos los muertos sin distincion de creencias. Los pedimos en nombre de la libertad de conciencia, para poder pensar libremente en Dios al abandonar esta tierra; los pedimos en nombre de la religion católica; para no dar lugar á hipocresias y profanaciones de cosas santas en los últimos instantes; los pedimos en nombre del sentimiento de familia, para poder descansar al lado de las personas que más queremos; lo pedimos, por último, en nombre de la caridad cristiana y del respeto debido á los muertos, para no presenciar ni desentierros que perturben la paz de las tumbas ni sepulturas que deshonren.

A. J. Torrella.

## EL DESTINO DEL NIÑO.

### Leyenda.

#### I.

Velaba la infeliz madre el lecho en donde agonizaba un hermoso niño, cuya edad no pasaria de un lustro. La noche era negra como ala de cuervo, y la tormenta se acercaba, oyéndose rodar en el espacio el estrepitoso estallido del trueno, y escuchándose á intervalos los láridos del perro y el graznido de la corneja, que pasó rozando con sus alas los hierros de la ventana.

Estos augurios siniestros amedrentaron á la desventurada é hicieronla inclinarse hasta el pobre enfermito, cubriéndole con su cuerpo, como si preservarle quisiera de las garras de la muerte, que en su maternal instinto, creía sentir revoloteando sobre la cabeza de aquel ángel.

Aquella madre, como la madre del *Rafael* de Lamartine, tenia la esperanza puesta en este su hijo, porque la multitud de personas—vista la vivacidad del pequeñuelo—habianla profetizado para aquél un provenir brillante: por eso, desvanecida con esta idea, sentia doblemente la pérdida del niño, y velaba recostada sobre la camita, como el ángel tutelar vela por los que á su custodia tiene encomendados.

II.

Mas el dolor rindió su alma, así como el insomnio rindió su cuerpo. Entonces, insensiblemente, cerráronse sus párpados... y se quedó dormida. En vez de reposar siguió padeciendo: tuvo un horrible sueño.

Calderon lo ha dicho: en este mundo sueñan todos lo que son, á pesar de que ninguno lo entiende. Como es natural, aquella mujer soñó con su hijo.... ¡Y qué sueño, gran Dios!

Vióle crecer con rapidez pasmosa, hasta contemplarle un garrido mozo. Por inclinacion materna siguió Antonio—que éste era el nombre del niño—la carrera eclesiástica, porque Maria, su madre, juzgábale ya en su sollicitud ternura un San Agustín ó un San Jerónimo. ¡Error lamentable....! Lo que creyeron vocacion, no era sino una simple condescendencia filial.

Y Antonio fué sacerdote, pero un mal sacerdote, porque de tal no tenia sino la vestidura, pero en manera alguna la resignacion y el sufrimiento que Jesucristo quiere resplandezca en sus ministros!

Antonio tenia una hermana, Julia, á quien Maria queria también entrañablemente, es decir, como quiere una madre. Pues bien, el mal cura, el calavera incorregible, llevósela en calidad de ama, creyéndose todos que la divina gracia habia descendido hasta él y trazádole el buen camino. ¡Horror....! Antonio enamoróse perdidamente de su hermana, y llegó.... ¡quién lo creyera! hasta el incesto.

Sabido esto por su propio padre, vuela á donde se encuentra semejante monstruo, y pretende arrancar de sus brazos á la pobre Julia, víctima de tamaña avilantéz. Antonio, loco, furioso como el chacal á quien van á arrebatarse la presa que está devorando, nada mira, nada escucha, y hunde la hoja de acerado puñal en el pecho de su desventurado padre.

Habia subido con agigantados pasos la escala de la degradacion, hasta el último peldaño: primero fué sacrilego...., luego incestuoso...., después parricida.

III.

Las tinieblas envuelven el cuerpo del miserable preso que yace en oscuridad maldita, parajado sobre mezquino lecho de humeante paja. A través de los gruesos barrotes que guardan la pequeña ventana de aquella mazmorra,

escúchase el gotear de la lluvia, que suena como eterno martillo en la conciencia del criminal.

Los ojos de Maria hácese paso entre aquella oscuridad y llegan hasta contemplar el ser que allí mora: es su hijo. Parece dormir, y sin embargo vela. Por su mente pasan en atropellador tumulto las escenas todas de su vida, y sin duda hieren tanto su conciencia, que procura desahuciarlas, arrojando sobre la pobre Maria la inmensa culpa de su loca ceguedad.

—¡Desgraciado de mí!—exclama—mi madre me perdió... Yo nací para la sociedad, para la vida, y ella me condenó á la oscuridad, á la muerte.... Hervia dentro de mi pecho el fuego de las pasiones, y quisieron por la fuerza apagarlo. Hé ahí el origen de mis males todos. Si para mí no hubo compasion, ¿por qué debía yo tenerla de los demás? Esto es como querer que muestre mansedumbre el toro á quien excitan á la rabia por medio del dolor, aguijoneándole fuertemente, recluso dentro de estrecho círculo.... Si, mi madre deseaba tener un santo en la persona de su hijo y ahora se encuentra con un demonio.... En parte bien sabe Dios que me alegro, porque el pecado mismo lleva su penitencia.

Esto lo oía clara y distintamente Maria y se retorcia de dolor, en tanto que la puerta de aquella estancia se abre, dando entrada á dos personas. una de ellas es el escribano, que lee á Antonio con voz hueca y campnuda su sentencia de muerte; ántes de ejecutarse ésta debia el reo sufrir la *degradacion*, con arreglo á la legislacion canónica.

Mientras el espanto llena el corazón de la madre, el hijo muestra la mayor indiferencia, el desprecio más repugnante.

IV.

Luégo Maria vé una ancha plaza y una multitud abigarrada y vocadora que rodea un alto tablado, cual si esperase un gracioso espectáculo que há de entretener su ociosidad.

Pasa una hora, y aquella chusma se impacienta, deshaciéndose en aullidos y dénuéstos, porque tarda mucho en aparecer el reo, como rugen las enjauladas fieras, mostrando su impaciencia por el retraso del domador que ha de traerles la cruda carne para pasto de su voracidad.

De súbito, el espacio retiembla á impulso de atronador murmullo, seguido de rápido oleaje, producido por afanoso deseo de contemplar el

fúnebre cortejo, ya cercano. ¿Habeis visto, merced, el verde trigo en dilatado campo, merced al fuerte viento, en las tardes de Mayo? Pues así se movía la multitud en aquel lugar: las cabezas apiñadas estaban como las espigas.

La comitiva desemboca, por fin en la plaza, y los soldados hacen esfuerzos por abrir paso entre aquella barrera de carne humana. Cabalgando sobre un asno se ve al principal actor de esa tragedia.... Así entró Cristo en Jerusalem para morir también después.... ¡Pero, qué diferencia! El Maestro era todo bondad, todo resignación; en cambio en el discípulo se personifica el cinismo, la depravación más completa.

—¡Antonio!.... ¡hijo mío!....—exclama la infeliz María, presa de indecible ansiedad.

Y el reo oye la exclamación, y vuelve el rostro al sitio de donde aquella partió. Al contemplar a su madre entre tanta gente, por su culpa allí congregada, la vergüenza debió enrojecer su faz y las lágrimas turbar su vista; mas no sucedió así. Antonio había perdido por completo su dignidad, y con ella la ternura y el sentimiento. Por eso al gemido de su madre, al grito arrancado por el dolor a las entrañas de aquella mujer, el hijo sólo encontró en sus labios frases asquerosas y repugnantes.

—¡Esa mujer dice que es mi madre!.... ¡mentira! no la conozco.

—¡No me conoce, Dios mío! Si, si, yo tu madre, Antonio,—grita María.

—Pues bien, si lo eres.... ¡maldita seas!

El reo prosigue su fatal camino. La madre llora amargamente aquella postrera decepción del malvado que creció en su seno: la infeliz siente desfallecer sus fuerzas y está próxima a caer. Pero, hay algo que la anima, algo que la sostiene sin ella darse cuenta. Es madre, y su hijo está todavía allí, a pocos pasos de ella.

Mirale subir al cadalso: cada escalon que avanza es un dardo que se embota en su corazón. Por fin llega arriba, y el verdugo le asienta de golpe, en el miserable banquillo.... Un momento después Antonio exhala el postrer suspiro.

Cuando su cabeza se dobla, tronchada por el esfuerzo que el ejecutor de la justicia imprime al fatal tornillo; cuando en su semblante llega a retratarse la espantosa expresión de la muerte; cuando el horror conmueve a tanto espectador, un solo grito logra dominar el espacio, a través de tanto pecho emocionado.

—¡¡Jesús!!!—exclama delirante la infeliz

María, cubriendo con ambas manos sus espantados ojos.

## V.

Este supremo esfuerzo, esta emoción grandísima, arráncala del pavoroso sueño, volviéndola a la realidad. Los primeros instantes son de vacilación, de duda. No sabe donde se encuentra. Ha pasado algunas horas completamente extraviada, rodando por insondables abismos, y no es extraño que esté desorientada, como el caminante perillado durante la noche en medio de los campos cubiertos de nieve, no encuentra el anhelado albergue por más que sólo diste de allí unos cuantos pasos.

Pero cuando la luz llega a hacerse en medio del caos en que su propio pensamiento la ha tenido envuelta, sus ojos tropiezan con el lecho donde se encuentra el niño, y de sus labios sale un grito, mezcla de alegría y sobresalto. Su Antonio está allí, es una criatura inocente y no un malvado como su mente acaba de forjarla.

El aspecto del niño parece, tranquilo: en su rostro angelical vaga una leve sonrisa, cual si durmiese arrullado por una música alegre y juguetona. Así lo creyó María, y por un instante quedóse contemplándole, muda é inmóvil, como temerosa de que despertara.

Mas luego vino el deseo de darle un beso, y al posar sus labios sobre la pura frente un frío marmóreo esparcióse por todo su cuerpo.... El niño, durante el sueño de la madre, había abandonado silenciosamente la tierra para volar al cielo.

—¡Muerto!.... ¡muerto!....—exclama.—Qué desgraciada soy!

Llora María sobre el inanimado cuerpo de su hijo, y llora sin consuelo, todo ha concluido para ella en este desdichado mundo: su esperanza, su vida, su alegría cifradas estaban en la existencia de aquella criatura.... ¿Qué dolor habría comparable a su dolor?

Esto pensaba la infeliz madre en los primeros momentos; pero, cuando se calmó algún tanto, cuando su pensamiento volvió a presentar las reminiscencias de su pasado sueño, entonces comprendió que aquello era mucho más espantoso, y en el mismo mal encontró el levitivo para su dolor.

—¡Perdon! ¡Dios mío!—Dijo elevando los ojos al cielo.—¡Perdon por haberte calumniado! Si el destino de mi hijo era tal como lo he presenciado, bien has hecho ahora en llamarle a tu

lado.... Este es un ángel, de otro modo...., hubiera sido una fiera.

*Agustín Medrano y Otaola.*

(Del Nuevo Ateneo)

## LA SOCIEDAD DE JESUS. (1)

### II.

De suerte que el voto de pobreza, en boca del Jesuita, significa precisamente todo lo contrario de ser pobre. y respecto de la Sociedad, poseer inmensas riquezas, las necesarias para edificar suntuosos edificios en todos los países, comerciar en todos los mares, sostener sus grandes pensionarios en el Vaticano y en las cortes de los reyes para intrigar en su favor, y llevar la perturbación y el desorden á los Estados donde la libertad amenaza destruir todo tráfico religioso, destruyendo el fanatismo, que es su base.

Tenemos también que el voto de castidad no obliga de tal suerte á los hijos de Loyola, que no se permitan una que otra vez darlo al olvido. Sobre este capítulo se refieren y leen anécdotas en abundancia, que atraen sobre el voto, no respetuosa admiración, sino el ridículo y el epigrama. Los Jesuitas no son seres privilegiados, ni mucho menos; son hombres á lo sumo como los demás, débiles, accesibles á las pasiones sensuales, y fáciles á la tentación, cuando esta toma á sus ojos las seductoras formas de la belleza. Es de buen tono entre las damas tener por director espiritual á un Padre de la Orden, y esta dirección crea intimidades peligrosas, no siempre tan inocentes como convendría á la mayor gloria Dios y á la salvación de las almas. El diablo, que no duerme cuando se trata de volver el juicio á algún santo varón, aviva con su soplo la llama de los deseos que engendran aquellas intimidades; y no es raro que de todo ello resulte una doble caída y por ende malparada la integridad del voto.

Y respecto del voto de obediencia al Jefe

supremo de la Iglesia, ya hemos determinado su verdadera significación y alcance. Es una especie de contrato bilateral tácito, en cuya virtud la Compañía se obliga á obedecer al Papa, en tanto que el Papa subordine sus mandatos á la conveniencia de la Orden. De adulación mal encubierta y vasallaje aparente para obtener el favor de la corte pontificia, lo califica un docto publicista. Y la historia se encarga de advertir á los pontífices la necesidad de aliarse á los Jesuitas, alianza que garantiza á los primeros ejercicio tranquilo de su altísimo ministerio, y á los segundos la soberanía real de la Iglesia y la dirección política de los Estados católicos. Así lo comprendió Benedicto XIV cuando, al proponerle que firmara la bula de reforma de la Orden en Portugal, declaró que no la firmaría hasta que se encontrase en su última enfermedad, añadiendo estas significativas palabras: «Tengo *para vivir mucho tiempo* una confianza *muy particular* en las oraciones de esos buenos Padres.» Si Clemente XIV hubiera tenido igual confianza en las oraciones de la Compañía, y, en vez de publicar el Breve de abolición, se hubiese encomendado á ellas, de seguro habría vivido más y su muerte hubiera sido menos horrorosa.

No es, de consiguiente, la Orden fundada por Ignacio de Loyola una institución de piadosa índole, establecida para ser el sosten del Pontificado y de la Iglesia, sino una sociedad política, ambiciosa por extremo, que basa en la Iglesia la razón de su poder y pretende hacer de la Santa Sede el instrumento de sus planes de dominación suprema. La monarquía universal con el Papa por jefe, y por valido ó primer ministro el General de los Jesuitas, esta es la idea madre de esa tenebrosa Sociedad. Pero esta idea no podía proclamarse á la faz del mundo, hasta verla realizada; porque todos los Estados, así monarquías ó imperios como repúblicas, amenazados en su autonomía y peculiares intereses, se habrían puesto de acuerdo desde el principio al objeto de ahogar en su nacimiento al enemigo común: era fuerza velar el monstruoso ideal de la Compañía

(1) Véase el número 8.

guardarlo en el más profundo secreto, no dejarlo adivinar sino á los iniciados de más elevado rango, y borrar hipócritamente en el estandarte del escuadrón sagrado un lema religioso que cautivase á las masas ignorantes y no despertase recelos en las potestades temporales. A partir de entonces, la Compañía de Jesús fué una como masonería negra por lo tenebroso de sus designios, en oposición á la masonería que aspira á entronizar en el mundo la libertad y la justicia. El aprendiz ignora el pensamiento del maestro, y solo el primero de los maestros, el General de la Orden, es quien abarca en toda su plenitud la organización y aspiraciones de la secta. Una serie de iniciaciones sucesivas fijan dentro de la Sociedad la situación y jerarquía de cada uno de sus miembros.

A la muerte de cada pontífice, el estado mayor de la compañía pone en juego todas sus valiosas influencias para recabar una elección favorable. Un Papa de enérgico carácter, de varoniles arranques y amante del progreso, podría restablecer la bula de Clemente y dar al Jesuitismo un golpe de muerte, conviene, pues, evitar á toda costa que llegue á empuñar la caña del Pescador algún aspirante que reúna aquellas temidas condiciones. La elección más acertada y conveniente es la que recae en un trémulo anciano amante del sosiego, pusilánime, enemigo de peligrosas reformas, que por adhesión ó por temor se deje caer en los vigorosos brazos de la Orden y guiar de sus consejos. Antes de la elección, lisonjas, dándivas, promesas, y acaso mal encubiertas amenazas: después de la elección, insinuaciones al nuevo soberano dándole á entender que solo teniendo de su parte á los Jesuitas alcanzará un reinado próspero y pacífico. Y aun en el caso de que resulte elegido Papa un candidato más ó menos contaminado con el hálito del siglo, que acaricie ideas de libertad y justicia, las dificultades que levantan á su paso, la atmósfera de desconfianzas en que le envuelven, el vacío que procuran crear á su alrededor, los fatídicos rumores que hacen llegar á sus

oídos, le obligan á someterse por cansancio, por interés ó por temor, á la dirección de la Orden, cuya abolición había tal vez ardientemente deseado. Los contrastes que ofreció el reinado de Pío IX, sus primeras veleidades en sentido liberal y reformista y sus posteriores actos de intransigencia ultramontana, son una demostración palmaria del inmenso poder de la Compañía de Jesús, que acaba por gobernar el mundo católico sea quien fuere el jefe supremo de la Iglesia. No en vano dejó escritas uno de sus Generales las siguientes máximas entre las notas secretas de la Orden: *«En buen hora que el Padre Santo dé su alta bendición á la Ciudad y al mundo. Gobiérne, por medio del Papa, al mundo y á la Ciudad la Compañía de Jesús.—Procuren los Generales de la Orden que los soberanos Pontífices no se atraigan poco á poco el gobierno de la mínima Compañía. Subsista por sí misma.—Conviene que los Generales de la Orden cuenten en la corte romana por todos los medios, á toda costa y con el oro si es menester, á los eminentes cardenales y á los prelados en clientela.»*

Más de quince siglos subsistió el Catolicismo antes que Ignacio de Loyola instituyese su formidable Sociedad, y de consiguiente podía haber continuado subsistiendo perpétuamente sin ella; pero tal maña se bandado los Jesuitas en subordinar á sus intereses y existencia los intereses y existencia de la Iglesia y del Papado, que con dificultad podrá en lo sucesivo romperse el fatal lazo que identifica sus destinos. Son la hiedra y el árbol confundidos en estrechísimo lazo, que no puede cortarse el tallo de la primera sin herir el tronco del segundo. Los jesuitas son enemigos mortales de la libertad, fundamento del derecho político de las sociedades modernas, y la libertad ha sido condenada por boca del jefe supremo de la Iglesia. He aquí, pues, á la libertad de un lado, y de otro al Pontífice y la Compañía de Jesús. Y ¿cuál habrá de ser el resultado de esta lucha? ¿Triunfará el genio de la teocracia, para fundir de nuevo las sociedades en los estrechos moldes del antiguo régimen, ó triunfará el genio del progreso,



el genio de la civilización y del derecho cal-  
cado en la igualdad y la justicia. para con-  
quistar definitivamente la posesión del mun-  
do? El sol ilumina ya las altas cimas de las  
montañas: él descenderá á las llanuras é  
inundará los valles.

El reinado de las tinieblas acaba con la  
noche, y ya apunta el día. Nocturnos buhos,  
murciélagos asquerosos, huid á ocultar  
vuestra fealdad; porque el día es de las ave-  
cillas que aman la luz y la festejan con him-  
nos de agradecimientos y amor.

### III Y ULTIMO.

*Entramos como corderos, mandamos como  
lobos, seremos echados como perros y volvere-  
mos como águilas* » Esto decía el tercer Ge-  
neral de la Compañía, Francisco de Borja; y  
por si se hubiese olvidado, el Sr. Mañé y  
Flaquer, actual director del *Diario de Bar-  
celona*, que llamaba *hombres tenebrosos y po-  
tilla societaria* á los Jesuitas antes de ser su  
defensor, lo recordó en un artículo biográfi-  
co de Ignacio de Loyola, biografía nada li-  
sonjera para el Santo, á quien presenta co-  
mo un ente ridículo y quijotesco, de razón  
poco afirmada, obrando unas veces por cal-  
culada hipocresía, y otras á impulsos de un  
excesivo y estúpido fanatismo. ¡Quién ha-  
bía de presumir que el Sr. Mañé llegaría á  
entonar el *mea culpa* con toda la fuerza de  
sus pulmones y á convertirse en uno de los  
adalides de la secta! Pero allá se las haya  
con sus Jesuitas: el que tan cruelmente los  
flagelara en otra época: es digno de ellos,  
como lo son todos los apóstatas de la causa  
del progreso.

*Entran como corderos*: esta es la táctica  
jesuítica, este es el proceder de los hijos de  
Loyola al introducirse en un país que no co-  
nocen, ó donde temen que su presencia ha-  
ya despertado desconfianzas y celos. Lle-  
gan precedidos de una fama verdaderamen-  
te evangélica: son sacerdotes ilustrados que  
marchan con el siglo; amantes del cultivo  
de las ciencias, amigos de todas las refor-  
mas útiles, tolerantes, mansos como Jesús;  
caritativos, ajenos á toda mira política, des-

interesados, respetuosos, fieles guardado-  
res de las leyes, sacerdotes, en suma, sin  
otra ambición que la del cumplimiento de  
sus deberes apostólicos, sin otro propósito  
que el de labrar la felicidad de las almas y  
contribuir eficazmente en su esfera á la  
prosperidad de la nación. Sus palabras son  
dulces como el almíbar; sus obras, fraterna-  
les y sabiamente cristianas. Además, vie-  
nen pocos, muy pocos lo puramente indis-  
pensables para fundar tres ó cuatro casas de  
misión; á lo sumo, dos docenas de hombres,  
que se distribuirán por todo el territorio en  
grupos de cuatro ó cinco, para auxiliar á los  
párrocos en la predicación y en el confeso-  
nario. Sería extremada desconfianza recelar  
de sus intenciones, y sería injusto negarles  
una hospitalidad que no ha de costar nada  
al país, porque ellos no piden nada. ¡Pobre-  
cidos! se contentan con que se les permita  
establecerse por su cuenta, sin gravamen de  
años presupuestos: ellos harán de su ca-  
pa un sayo; que para vestir pobremente y  
alimentarse con la frugalidad propia de un  
instituto que hace voto de pobreza, no ha de  
faltarles lo que no falta al gusano que se ar-  
rastra por el suelo, ni á la avecilla que flota  
en la región del aire, la providencial solici-  
tud del Padre de las criaturas.

Ya están dentro: la hospitalidad que tan  
humildes solicitaban, les ha sido espícita ó  
implicitamente concedida. Viven en casas  
de modesta apariencia, apartadas de todo  
bullirio y de la mirada de las gentes. ¿Cuán-  
tos padres hay en cada casa? Nadie lo ha po-  
dido averiguar: lo único que se ha traslucido  
por algún curioso desocupado es que la ma-  
yor parte de los huéspedes que las habitan  
cambian con frecuencia de rostro, lo cual  
hace presumir que si el nido es siempre el  
mismo, no sucede otro tanto con los pájaros.  
En el confesionario son tan insinuantes, tan  
discretos, y sobre todo tan melifluros, que  
todas las damas de buen tono, y las que  
presumen serlo, se desviven por tener entre  
ellos su director espiritual, no queriendo pa-  
ra los párrocos y para el clero secular sino  
las mujeres del pueblo, las que no calzan  
perfumado guante ni visten seda y terciopelo.

pelo. A la dirección espiritual siguen las visitas, á las visitas, la confianza, á la confianza magníficos presentes y una influencia omnimoda en el hogar, cuya primera y mas importante figura es el Padre director. ¿Qué se necesita hacer alguna reparación en la casa-convento, construir algún altar, agrandar el edificio, celebrar con esplendor y pompa algún aniversario, centenario ó milenario? Ahí están las aristocráticas penitentes de los Padres, filon de oro para todas las necesidades piadosas. ¿Qué ménos pueden hacer en obsequio de los seráficos varones que las conducen tan deliciosamente al cielo, que derramar á sus pies el vil y codiciado metal? Y merced á ese avasallador influjo que ejerce entre las damas, el Jesuita, tan moderado al principio en sus aspiraciones y tan discreto y evangélico en el ministerio de la palabra, comienza á dirigir codiciosas miradas á ciertos edificios públicos aventurando indicaciones más ó ménos expresivas respecto de la necesidad que tiene la Compañía de ocuparlos para ensanchar la esfera de su acción en utilidad de los pueblos, y comienza desde el púlpito á atacar, primero indirectamente y luego en términos categóricos, la enseñanza laica nacional, presentando las escuelas del Estado como focos de inmoralidad y corrupción, de donde no puede salir sino una juventud viciosa, irreligiosa y atea. Desliza al mismo tiempo en sus conferencias insinuaciones de sabor político, pero hipócritamente disfrazadas de religiosidad y de santo celo por la salvación de las almas. Es el colóptero que va fabricando su pelota mientras se le deja tranquilo en su trabajo; es el astuto cazador que tiende sus redes para cojer en ellas á las incautas aves. Aquí la pelota es el dominio universal, y los pájaros los pueblos.

Tiene á la mujer, tiene á la madre de su parte, y no tarda en apoderarse del hijo, á cuyo efecto abre la compañía colegios de educación y enseñanza dirigidos por los Padres. Alarmadas las femeniles conciencias con el negro cuadro que de la escuela y del instituto laico se les ha bosquejado en el

confesionario y en el templo, han puesto en juego todas sus relaciones hasta lograr que se autorizase ó tolerase el establecimiento de colegios de la Orden, que se llenan de discípulos, hijos de la aristocracia y de familias ricas é influyentes. Porque, y conviene hacerlo notar, así como no entra en los cálculos del Jesuita dirigir la conciencia de una mujer del bajo pueblo, tampoco gusta de educar al hijo de una familia pobre. Por esto procura que su enseñanza no se halle al alcance de las familias de posición humilde. Los pobres no tienen ni influencia ni dinero; dos cosas de que la Sociedad de Jesús necesita en abundancia para la salvación de los pecadores y mayor gloria de Dios.

El maquiavelismo jesuitico, la doblez y perseverante astucia de los hijos de Loyola acaban por producir sus naturales frutos: de mansos huéspedes se han convertido en arrogantes dominadores. Ya no son dos docenas de misioneros que predicán la moral del Evangelio; son centenares de soldados que se baten audazmente por un ideal político, la teocracia, encarnación y resumen de todas las intransigencias, de todos los fanatismos, de todas las hipocresías, de todos los odios que el espíritu del pasado evoca para oponerse á los desenvolvimientos del progreso. Sus casas son puntos estratégicos, de donde salen ordenadas las huestes que han de batir, hasta arrasarlos, los baluartes de la civilización moderna. A las homilias, á las conferencias morales de los primeros tiempos, á la tranquila elocuencia del sacerdote cristiano han sucedido las catilinarias, las peroraciones agresivas, los belicos arranques de la elocuencia tribunicia que pone en combustión las pasiones y agita los conmovidos ánimos. ¡Oh! no puede negarse que los Jesuitas son los primeros y mas hábiles intrigantes. Desplegando sucesiva y gradualmente los recursos de su ingeniosa táctica, han subyugado al sexo débil por la adulación y el temor, se han apoderado de la juventud por la educación, han dominado en la familia por la condescendencia ó por la ignorancia del hombre, y haciendo de la familia el escabel de su ambición desordenada,

se atreven á exigir de los gobiernos, en cuyo seno han sabido grangearse poderosos valedores; una proteccion resuelta y eficaz, hasta sacrificar en aras de los intereses de la Orden los intereses generales del pais. Los falsos corderos han tirado la piel de su fingida mansedumbre, y *mandan como lobos*.

Su audacia y voracidad siempre crecientes serán, sin embargo, el fundamento de su ruina, escitando el instinto de conservacion, que, en los momentos supremos, señala á las sociedades el abismo en que ciegas se precipitan y las salva cuando su muerte parece inevitable.

Comienza á oírse el sordo rumor que precede á las grandes crisis sociales. Susúrrase que la enseñanza que dan los Padres en sus afamados colegios, sobre ser excesivamente cara, no responde á las necesidades del tiempo, pudiendo deducirse, á juzgar por los resultados, que en dicha enseñanza, aparte de la mira de formar una juventud supersticiosa, devota de la Orden, entra por mucho el negocio, negocio doble, de dinero y de influencia. Que del primitivo espíritu de pobreza, de que tanto alarde hiciera la Compañía, no queda mas que la memoria, habiéndole sustituido una insaciable codicia de bienes materiales. Que los Jesuitas van absorbiendo, en forma de donativos y cuantiosos legados, el jugo, la riqueza de los pueblos. Que su moral práctica no es la más austera, ni su vida íntima la más pura. Que sus maquinaciones é intrigas en la esfera de la gobernacion del Estado amenazan cambiar radicalmente las instituciones y resucitar las que desaparecieron bajo el peso de la universal execracion. Y los rumores van tomando cuerpo y el descontento crece. Es la tempestad que amontona sus iras; el océano que se hincha y encrespa sus olas para sepultar en sus abismos, á la vista del puerto, la orgullosa nave. Llegadas las cosas á ese punto, ó los gobiernos se resuelven á proceder de una manera enérgica contra los causantes del general desasosiego, ó de lo contrario estalla la indignacion popular, impetuosa como el Simoun que barre las arenosas montañas. En uno y otro ca-

so, aquellos que entraron como corderos y mandaron como lobos, *son arrojados como perros*.

La expulsion de los jesuitas debe considerarse como un acontecimiento inevitable en todos los paises donde logran establecerse. ¿Cómo ha de ser posible vivir perpétuamente en paz con quienes no la otorgan sino mediante una sumision incondicional á su voluntad, y á sus antojos; una absoluta servidumbre de alma y de cuerpo, una abdicacion completa de la razon y de los derechos mas nobles de la personalidad humana? En su satánica soberbia, no respetaron jamás tronos ni tiaras cuando los intereses de la monarquía ó del papado estuvieron en oposicion con los intereses de la Orden: leyes, votos, paz, bien público, idea cristiana, todo, todo lo conculcaron y todo lo pospusieron á sus miras de engrandecimiento y á su insaciable apetito de dominio. Por esto el drama del Jesuitismo en las naciones acaba siempre por un decreto de vergonzosa expulsion, ó por la expulsion violenta sin decreto. Que no olviden esta ley histórica los Jesuitas recién venidos á España, expulsados por nuestros vecinos los franceses. Recordémosla tambien nosotros, con la historia en la mano, á fin de que el pueblo español sepa quienes son sus nuevos huéspedes.

En el siglo décimo-sexto, que fué el de la fundacion de la Sociedad de Jessus, fueron los Jesuitas expulsados de Inglaterra, de Amberes y repetidas veces de Paris. Acusábaseles de perturbadores del orden público, de corruptores de la juventud y enemigos de la familia, del rey y del Estado. Asimismo fueron expulsados del territorio holandés, convictos de haber causado el asesinato del principe Mauricio de Nassau.

En el siglo décimo séptimo, el cardenal Borromeo los hace expulsar del colegio de Breda; promueven en Londres un complot para hacer volar el Parlamento, y mueren en la horca el superior, Rdo. P. Granet y sus cómplices; el Senado de Venecia los arroja del territorio por haber violado las leyes del pais; y por perturbadores del público sosiego son desterrados de Bohemia, de

Moravia, de Polonia, de la isla de Malta y del Japon.

En el siglo décimo octavo, Benedicto XIV les prohibe esclavizar á los indios del Paraguay, cuyo territorio se ven forzados á abandonar algunos años mas tarde, despues de haberlo esquilado y empobrecido; se les expulsa de Portugal por conspiradores y haber atentado á la vida del monarca, y aun alguno de sus individuos muere á manos del Santo Oficio; son desterrados de Francia, de España, de Parma y Nápoles, acusados de haber provocado la guerra civil y acumulado grandes riquezas abusando de la ignorancia y del fanatismo de los pueblos. Por último, el papa Clemente XIV expide el breve de abolición de la Compañía en todas las naciones; declarando que su existencia es incompatible con la paz de los Estados y el reposo de la Iglesia.

Estos son los Jesuitas, estos los hombres que en la actualidad *vuelven* á nosotros como *águilas*, á pesar de la Real pragmática de Carlos III, no derogada, que los proscribió del territorio español. Estamos constreñidos á presenciar cómo devoran las migajas de la riqueza que dejaron. Apresúrense, pues, á devorarlas mientras es tiempo, ya que en ello consiste principalmente su oficio; mas no olviden, repetimos, que hay una ley histórica que los condena á la expulsión, y que esta ley no dejará de cumplirse. El día de su expulsión definitiva, España lo señalará con piedra blanca, como el mas fausto para la causa de la libertad y del progreso.

J. A. y P.

(De *La Voz del Buen Sentido*).

## REMINISCENCIAS.

Cada vez que tenemos ocasion de recrearnos con las amenas é instructivas lecturas de los grandes pensadores, que han pasado por nuestro planeta, y cuyas concepciones respetamos y admiramos con justicia, acuden á nuestra mente un sin número de ideas

que pugnan porque las desarrollemos, y, lo haríamos con gusto y en ello gozaríamos, sino viéramos brotar á porfía innumerables obstáculos á cual mas inaccesible á nuestras fuerzas que nos hace desistir, con sobrada amargura, de la idea que, en un instante de natural y noble entusiasmo nos hizo olvidar de nuestra pequeñez é insuficiencia, y, despues de enjugarnos las lágrimas que el dolor nos hace brotar, nos sumergimos en un mar de consideraciones que nos llevan, como de la mano, á la para nosotros trascendental cuestión de las diferencias de aptitudes y deformidades físicas y morales que, fuera de la racional y lógica doctrina de la reencarnación, no sabríamos donde encontrar su solución.

Verdaderamente, no podemos admitir que, en una sola encarnación ó existencia,—como algunos creen—pueda el hombre llegar á reunir la suma de conocimientos de los que poseén los que generalmente designamos con el título de sabios ó genios. Nadie ignora que, por años que viva el hombre no tiene tiempo para adquirir conocimientos en todos los ramos del humano saber; pero, si admitimos que el *hombre trae á la tierra conocimientos adquiridos en otras encarnaciones*, nos daremos razón del por qué admiramos en algunos esos conocimientos y aptitudes que nos maravillan, y que nos obligan á prodigarles toda clase de alabanzas y respetos.

Quisiéramos poseer una bien cortada pluma y argumentos sólidos é irrefutables, para poder hacer ver lo que algunos desdennan estudiar, las saludables doctrinas que con amor sustentamos y defendemos: el error en que viven es digno de lástima, pues que, conscientes se empeñan en alimentarle empleando todos los artificios y las preocupaciones mas abonfiables. Estos son los que obcecados y dominados por el ciego fanatismo, desvirtuan y anatematizan todo lo que por grande y beneficioso que sea, no lleve el sello de sus antilógicas creencias. Bien las podeis predicar y hacerlas francas explicaciones, pues, todo será inútil y perdereis un tiempo precioso. Dejarlas y no os impacien-

tais, que ya les llegará la hora de *abrir los ojos* y salir de su error; estad bien seguros que ha de llegarlos el día; podrá tardar mas ó menos, pero llegará.

Todo en la vida tiene su término; sólo Dios es inmutable como sus leyes; así pues, no hemos de desesperarnos porque aún haya quien pretenda hacer prevalecer sus erróneas doctrinas y despreciar las que les ofreceremos para mejorar su estado.

La ingratitud tiene, por desgracia, muy hondas raíces y el número de sus adoradores es muy considerable.

Después de lo que hemos dicho bien ó mal, pasemos á desarrollar el tema del título que sirve de epígrafe á este trabajo.

¿Por qué será, nos hemos preguntado muchas veces, qué, apesar de nuestra insuficiencia, nos aventuramos á tomar la pluma y escribir? ¿Qué estudios, qué conocimientos poseemos para hacerlo? ¿Es qué, en efecto, son nuestras ó de otro las ideas que vertimos? Preguntas son estas á las que no sabemos qué contestar categóricamente, empero lo que nos dá algun consuelo es el creer que si bien no hemos podido recibir, en esta existencia, luces suficientes para ponernos en la línea de los que, gracias á su posición desahogada, han allegado medios con qué recibirlas, que nuestros limitadísimos estudios los hemos hecho en *otros sitios y en diferentes épocas*.

¿Podemos concebir, por ventura, que los vastos conocimientos de que el hombre se hace dueño, puedan ser adquiridos en el brevisimo espacio de una sola existencia? No. Por más que así lo proclamen los partidarios de los privilegios, concedidos sin méritos para alcanzarlos.

Nosotros creemos que la suma de conocimientos, está siempre en relacion con el *trabajo hecho por el Espíritu en sus diversas encarnaciones*.

Algunos teólogos califican de *absurda y sacrilega* la doctrina de la pluralidad de existencias del alma; calificativo, á nuestro entender, impropio y que exige una aclaración por parte del que así lo califica.

La tolerancia debe ser, — así lo creemos, —

el esplendente faro que ha de iluminar las inteligencias; pues que, nadie debe imponer sus creencias por buenas que éstas sean. Más no todos piensan así, y á costa de todo, quieren hacer prevalecer las más abominables concepciones. Afortunadamente, la refulgente luz de la Verdad disipando vá las brumas del error y el fanatismo, y por más que se esfuercen los sustentadores de las seculares supersticiones, todo será inútil á evitar su próxima caída.

La ciencia es emanación del Eterno y no hay más remedio que acatar sus fallos.

Es muy cierto que há siglos que trabajan lentamente en alcanzar trasformaciones en la humanidad, empero no porque este trabajo sea lento, hemos de creer en lo imposible de su realización, ni en debilitar la energía de la esperanza que nos embarga.

No desesperemos jamás y tengamos resignación, que Dios no puede dejarlo satis-<sup>2</sup>acer nuestras legítimas aspiraciones.

No puede negarse que el siglo xix tiene la noble misión de derrocar las instituciones seculares, y, por mas que para algunos parezca el sueño de un cerebro enfermo, es una realidad cuya sanción nos dará el siglo xx.

Las instituciones religiosas, son las que más en desacuerdo están con estos vaticinios, y desde luego se adivina en qué fundan su antagonismo. Las instituciones religiosas han tenido siempre el poder que se han abrogado so pretexto que lo habían recibido de Dios mismo, de subyugar y dominarlo todo, y para conseguirlo, han fomentado el fanatismo y la fe ciega. De aquí que, al sentir lo que providencialmente propaga la Razon en nuestra época, y al adquirir la convicción de que *aquello se vá*, luchan tenazmente contra todo cuanto en su vértigo creen ser el móvil de la perdición del poder, que por tanto tiempo han sostenido para oprobio de la humanidad.

La ciencia y la fe ciega se repelen, son antítesis, y pese á quien pese la proclamación de la *fe racional* en armonía con la ciencia, no está muy léjos.

Pueden, pues, los sectarios del oscuran-



tismo forjar cadenas para aprisionar el pensamiento en la oscura cárcel de la superstición e intentar alimentarla con sus aberraciones que el pensamiento es libre y tiende en vuelo hacia las puras regiones de la fe racional, en las que mejor se admira el sapientísimo autor de lo creado.

Autores respetables y muy autorizados, nos confirman la doctrina de la pluralidad de existencias del alma, tan en armonía con la de mundos habitados que la astronomía ampara y preconiza, y ¿por qué esos señores que rechazan todo lo que hallan acorde con sus dogmas, han de negar? Suplicamos, por Dios, un poco de respeto y tolerancia para las creencias que sustentamos y que tan felices nos hacen. Decís que son absurdas y antilógicas, pero no os atrevéis á probarlo evidentemente; y es por demás sabido que el negar es muy fácil, pero que el probar no lo es tanto. Sucede, empero que vuestros raciocinios reciban de continuo, la acogida que merecen y que jamás llegarán á hacer mella en las creencias que han recibido del sol de la verdad.

El Espiritismo, la pluralidad de existencias y la pluralidad de mundos habitados, son tres doctrinas que se unen por el lazo indisoluble de la solidaridad, y no lo dudeis, han de contribuir al planteamiento de la fraternidad universal.

Esperemos, pues, con el corazón henchido de tan noble esperanza tan deseado momento.

*José Arrufat Herrero.*

Barcelona Mayo de 1880.

## CONFERENCIAS

DE ERNESTO RENAN, EN LONDRES.

### Tercera.

*Roma, centro de formación de la autoridad eclesiástica.*

### (CONCLUSION.)

Años atrás causaron alguna sensación las palabras de un arzobispo francés, entonces sena-

dor que dijo en la tribuna: «Mi clero es mi regimiento.» Clemente lo había dicho mucho antes que él. El orden y la obediencia: hé aquí la ley suprema de la familia y de la Iglesia. «Con qué orden, qué puntualidad, qué sumisión ejecutari los soldados que sirven á nuestros soberanos lo que se les manda! No son todos prefectos, ni tribunales, ni centuriones, pero cada cual, en su categoría, ejecuta las órdenes de «Emperador y de los jefes. Los grandes no pueden existir sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes. En todas las cosas hay mezcla de elementos diversos, merced á la cual todo prospera. Tomemos por ejemplo nuestro cuerpo. La cabeza sin los pies no es nada; los pies no son nada sin la cabeza. Los mas diminutos de nuestros órganos son necesarios y sirven al cuerpo entero; todos conspiran y obedecen á un mismo principio de subordinación para la conservación del conjunto.»

La historia de la gerarquía eclesiástica es la historia de una triple abdicación; la comunión de los fieles, resignando primero todos sus poderes en manos de los ancianos ó *presbyteri*, el cuerpo de presbíteros, llegando en seguida á resumirse en un solo personaje, que es el *episcopus*, y despues los *episcopi* á la Iglesia latina, llegando á reconocer, por jefe á uno de ellos, que es el Papa. Este último progreso, si así puede llamarse, no se ha realizado hasta nuestros días. La creación del episcopado, por el contrario, es obra del siglo II. La absorción de la Iglesia por los *presbyteri* es un hecho llevado á cabo antes de la terminación del siglo I. En la epístola de Clemente Romano no se habla de un *presbytero* superior á los demás y que debiese destituir á los otros. Pero el autor manifiesta enérgicamente que el presbiterado, el clero es anterior al pueblo. Los apóstoles al establecer Iglesias escogieron por medio de la inspiración del espíritu á los obispos y á los diáconos de los futuros creyentes. Los poderes emanados de los apóstoles fueron transmitidos por una sucesión regular, y por lo tanto ninguna Iglesia tiene el derecho de destituir á sus ancianos. El privilegio de los ricos es nulo ante la Iglesia y los que se ven favorecidos con dones místicos, lejos de creerse colocados por encima de la gerarquía, deben ser los mas sumisos. Abordábase entonces el gran problema: ¿Quién existe en la Iglesia? ¿El pueblo? ¿El clero? ¿El inspirado? La cuestión se había planteado ya en tiempo de San Pablo, quien la resolvía con la única mane-

ra verdadera, por medio de la mutua caridad. Nuestra epístola resuelve la cuestión en el sentido del catolicismo puro. El título apostólico es todo; el derecho del pueblo queda reducido á la nada. Puede, por consiguiente, decirse que el catolicismo ha tenido su origen en Roma, puesto que la Iglesia de Roma trazó su primera regla. El primer lugar no pertenece á los dones espirituales; á la ciencia; á la distinción; pertenece á la gerarquía, á los poderes transmitidos por conducto de la ordenación canónica, la cual se une á los apóstoles por medio de una cadena jamás interrumpida. Comprendíase que la Iglesia libre, como la había concebido Jesús y como San Pablo la admitía, era una utopía, de la que no podía sacarse ningún partido para el porvenir. La libertad evangélica originaba el desorden, y no se veía que la gerarquía había de dar á la larga por resultado la uniformidad y la muerte.

#### IV.

Clemente no había visto, probablemente, ni á Pedro ni á Pablo. Su extraordinario sentido práctico le demostró que la salvación de la Iglesia cristiana exigía la reconciliación de los dos fundadores. Inspiró al autor de los *Actos* quien nos presenta esta reconciliación como efectuada y con el cual parece haber tenido inteligencias en que aquellas dos almas piadosas estuvieron exponiéndose de acuerdo acerca de la dirección que convenía imprimir á la opinión cristiana? Lo ignoramos á falta de documentos; pero lo cierto es, que la reconciliación de Pedro y de Pablo fué una obra romana. Roma tenía dos Iglesias; una procedente de Pedro y otra procedente de Pablo. A los muchos convertidos que abrazaban la doctrina de Jesús; unos por conducto de Pedro y otros por conducto de la escuela de Pablo, y que tenían tentaciones de gritar: «¡Cómo! ¿Hay, pues, dos escuelas de Cristo?» era preciso poder decir: «No: Pedro y Pablo se entendieron perfectamente. El cristianismo de uno es el cristianismo del otro.» Quizas, (esta es una ingeniosa hipótesis de M. Strauss,) se introdujo á este propósito una leve modificación en la leyenda evangélica de la pesca milagrosa. Según el relato de Lucas, las redes de Pedro no pueden contener la multitud de peces que quieren dejarse coger; Pedro se ve obligado á hacer una señal á varios colaboradores para que acudan en su ayuda; otra barca (Pablo y los

suyos) se llenó como la primera y la pesca del reino de Dios es superabundante.

La vida de los dos apóstoles empezaba á ser desconocida. Todos los que los habían visto habían desaparecido, no dejando en su mayoría ningún escrito. Disfrutábase de la mas completa libertad para decir lo que se quisiera sobre aquel asunto, virgen todavía. Amigos y enemigos se aprovechaban de lo desconocido para crear argumentos favorables á sus tesis y para satisfacer sus odios. Hacia el año 140, esto es, unos sesenta y seis años después de la muerte de los apóstoles, se formó en Roma una leyenda ebuloita, que se formuló con el título de «La predicación» ó «Los viajes de Pedro». Referíanse en ella las misiones del jefe de los apóstoles principalmente á lo largo de la costa de Fenicia, las conversiones que había realizado, y sus luchas, sobre todo con el gran Anticristo, que era en aquella época el espectro de la conciencia cristiana, Simon de Gitton. Pero con frecuencia, por medio de palabras encubiertas, bajo este nombre aborrecido, se ocultaba otro personaje, el falso apóstol Pablo, el enemigo de la ley, el destructor de la verdadera Iglesia, de la Iglesia de Jerusalem, presidida por Santiago, hermano del Señor. Ningún apostolado era válido, si no podía presentar títulos procedentes de aquel colegio central. Pablo no los tenía, y era, por lo tanto, un intruso. Era el enemigo que acudía á sembrar la cizaña á espaldas del verdadero sembrador. ¡Con cuánta furia destruía Pedro sus imposturas, sus falsos relatos sobre revelaciones personales, su ascensión al tercer cielo, su pretensión de saber sobre Jesús cosas que los que escucharon el Evangelio no habían oído, la forma exagerada en que él ó sus discípulos comprendían la divinidad de Jesús!

Estas extrañezas, propias de sectarios poco ilustrados, no habrían tenido consecuencia alguna fuera de Roma; pero todo cuanto se refería á Pedro, tomaba en la capital del mundo grandes proporciones. A pesar de sus heregias, el libro de las *Predicaciones de Pedro* tenía para los ortodoxos grandísimo interés. Hallábase allí proclamada la superioridad de Pedro, mientras que San Pablo era inspirado; pero algunos retoques podían atenuar lo que tenían de sorprendentes tales ataques. Hicieronse también muchos ensayos para disminuir las singularidades del nuevo libro y adaptarlo á las necesidades de los católicos. Este modo de alterar los libros en sentido favorable á una secta determinada, es

taba á la orden del día. Poco á poco se iba imponiendo á la fuerza de las cosas, y todos los hombres sensatos veían que no había mas salvación para la obra de Jesús que la perfecta reconciliación de los dos jefes de la predicación cristiana. Pablo tuvo en el siglo V como encarnizados enemigos á los nazarenos, y tuvo también exagerados como Marcion. Aparte de esta derecha y de esta izquierda obstinadas, hizose una fusión de las masas moderadas que reconocieron el derecho de las otras escuelas á llamarse cristianas. Santiago, partidario de un judaísmo absoluto, fué sacrificado; y aunque fué el verdadero jefe de la circuncisión, fué preferido Pedro, que se había mostrado menos duro con los discípulos de Pablo. Santiago no conservó partidarios fogosos mas que entre los judio-cristianos.

Es difícil consignar quién ganó mas en aquella reconciliación. Las concesiones partieron principalmente de Pablo, cuyos discípulos admitían á Pedro sin dificultad, mientras que la mayor parte de los cristianos de Pedro rechazaban á Pablo. Pero las concesiones proceden con frecuencia de los fuertes, y en realidad, cada día alcanzaba Pablo una victoria. Cada gentil que se convertía hacia inclinar la balanza. Fuera de Siria, los judio-cristianos se veían como ahogados por el oleaje de los nuevos convertidos. Las Iglesias de Pablo prosperaban, pues tenían buen sentido y recursos pecuniarios de que las otras carecían. Las Iglesias ebionitas, por el contrario, se empobrecían cada vez mas. El dinero de las iglesias de Pablo se destinaba á la subsistencia de pobres gloriosos, incapaces de ganar nada, pero que poseían la tradición viva del espíritu primitivo. Las comunidades de cristianos de origen pagano admiraban, imitaban y se asimilaban la piedad y severidad de costumbres de aquellos pobres, y muy pronto las personas mas eminentes de la Iglesia de Roma no pudieron establecer la menor distinción. Prevaleció, pues, el espíritu suave y conciliador que había sido ya representado por Clemente Romano y San Lucas. Sellóse el contrato de paz y se convino, según el sistema del autor de los *Actas*, en que Pedro había convertido á los primeros gentiles, libertándoles del yugo de la ley. Admitióse que Pedro y Pablo habían sido los dos jefes, los dos fundadores de la iglesia de Roma. Pedro y Pablo se convirtieron en las dos mitades de un todo inseparable, en dos lumináres como el sol y la luna. Lo que el uno ha en-

señado, lo ha enseñado el otro también; siempre han estado de acuerdo; han combatido á los mismos enemigos, y entrambos fueron víctimas de las perfidias de Simon el Mago.

En Roma vivieron como dos hermanos, y la Iglesia de Roma es su obra común. Así, pues, de la reconciliación de los dos partidos y de la amortiguación de las luchas primitivas, surgió una gran unidad, la Iglesia católica, la Iglesia de Pedro y de Pablo, extraña á las rivalidades suscitadas durante el siglo primero del cristianismo. Las Iglesias de Pablo eran las que habían demostrado mas espíritu de conciliación, y por lo tanto, obtuvieron el triunfo. Los ebionitas obstinados permanecieron en el judaísmo, y participaron de su inmovilidad. Roma fué el punto donde se operó aquella gran transformación, y ya el destino cristiano de esta ciudad extraordinaria se escribía en rasgos luminosos. Lo que principalmente preocupaba á los partidos y daba lugar á las combinaciones mas diversas, era la muerte de los dos apóstoles. El tejido de la leyenda, en lo tocante á este particular, se formaba por medio de un trabajo instintivo, casi tan imperioso como el que había presidido á la confección de la leyenda de Jesús. El término de la vida de Pedro y Pablo estaba establecido *á priori*, sosteniéndose que Cristo había anunciado el martirio de Pedro del mismo modo que había predicho la muerte de los hijos del Zebedeo. Sentíase la necesidad de asociar en la muerte á los dos personajes á quienes se había reconciliado por fuerza, y se quisó que muriesen juntos, ó al menos á consecuencia del mismo acontecimiento. Los sitios que se consideraron como santificados por aquel drama sangriento, fueron consagrados por medio de la memoria. En tales casos acala por triunfar el deseo del pueblo. La leyenda formula retrospectivamente la historia tal como hubiera debido ser y como no es jamás. En época reciente no había sitio popular en Italia donde no se viesen juntos los retratos de Victor Manuel y de Pio IX, y la creencia general pretendía que aquellos dos hombres, representando principios cuya reconciliación es, según el sentimiento mas general, necesaria á Italia, habían estado en perfecta armonía. Si en nuestro tiempo se impusiesen á la historia semejantes miras, algun día llegaría á leerse en documentos tenidos como serios, que Victor Manuel, Pio IX y probablemente Garibaldi, se veían en secreto, se entendían y se amaban. Durante la Edad Me-

día, con el fin de apaciguar los ódios de los dominicos y de los franciscanos, tratóse varias veces de demostrar que los fundadores de entrambas órdenes habían sido dos hermanos que se habían querido afectuosamente, que sus reglas no constituyeron al principio mas que una sola, que Santo Domingo se cñó e' conlon de San Francisco, etc.

En lo que á Pedro y á Pablo se refiere, el trabajo de la leyenda fué rápido y fecundo. Roma y todos sus alrededores, principalmente el camino de Ostia, llenáronse de recuerdos que se referían á los últimos días de los apóstoles. Una multitud de conmovedoras circunstancias, la huida de Pedro, la vision de Jesús con la cruz, el *interum crufige*, el último adios de Pedro y de Pablo, el encuentro de Pedro y su mujer, en las aguas salvianas, Plantilla enviando el pañuelo que envolvía su cabellera para vendar los ojos de Pablo, todo esto constituyó un hermoso conjunto, al cual sólo faltó un redactor que á un mismo tiempo fuera ingénuo y hábil. Era ya tarde; la vena de la primitiva literatura cristiana se había agotado; la seguridad del narrador de las *Actas* se había perdido, ni el tono era superior al tono del cuento y de la novela. No se supo elegir entre una multitud de redacciones igualmente apócrifas; en vano se procuró unir á estos relatos los nombres mas venerados (Pseudo-Linus, Pseudo-Marcelo) la leyenda romana de Pedro y Pablo permaneció siempre en estado esporádico. No fué gravemente leída, sino contada por los guías piadosos. Tuvo tan solo una importancia local; ningún texto fué consagrado para la lectura en las iglesias, y no alcanzó autoridad alguna.

Señores y señoras,

Muchos de vosotros iréis á Roma. Pues bien; si conserváis recuerdo de estas conferencias, id en memoria mia á las aguas salvianas *alla Tre Fontane*, mas allá de San Pablo, extramuros. Es aquel uno de los paisajes mas hermosos de la campiña romana, desierto, húmedo, verde y triste. Una profunda depresion del terreno, coronada por esas grandes líneas horizontales, no interrumpidas por ningún detalle viviente, conduce á aquel punto aguas claras y frescas. Bésprase allí la fiebre, putrefacción de la tumba. Los frailes de la trapa, que en aquel lugar se han establecido, practican á conciencia su suicidio religioso. Cuando hagáis este viaje, sentaos allí poco, muy poco tiempo (la calentura ataca inmediatamente), y mientras el trapista

os dé á beber el agua que surge en los tres saltos de la cabeza de Pablo, pensad en aquel que vino á conversar con vosotros sobre estas leyendas, y á quien vosotros escuchabais con tanta curiosidad y con tan benevolente atencion.

## MISCELÁNEAS.

Un rápido incendio ha destruido en Bruselas el diorama santuario establecido bajo la advocacion de Nuestra Señora de Lourdes, y el cual representaba cierto número de escenas milagrosas.

A las nueve de la mañana de uno de estos últimos días, el diorama en cuestion, situado en el jardín del Círculo católico, apareció rodeado de llamas.

Media hora despues no quedaban mas que ruinas, una torcida armazon de hierro y vigas calcinadas.

Los interesados en la conservación del diorama, pensando tal vez una cosa parecida al refran español «fiate en la virgen y no corras», no se pararon en pedir intervenciones sobrenaturales, ni el auxilio de las catartas del cielo, sino que avisaron inmediatamente á los bomberos, los cuales, á pesar de sus heroicos esfuerzos, no pudieron preservar el diorama de la cólera celeste.

Hé aquí las apreciaciones que hace la *Gaceta Belga* sobre este suceso:

«El incendio del diorama de Lourdes ha sido el acontecimiento del día.

Dejando á un lado las cuestiones que este suceso ha inspirado—lo cual prueba las simpatías que aquí gozan las explotaciones clericales—es en el fondo lamentable esta destruccion súbita de una obra artística que no dejaba de tener algun mérito. Pero esta destruccion ha sido tan rápida y tan completa, que ha sugerido inmediatamente á los más incrédulos la idea de un milagro.

Entre la muchedumbre que desde los primeros instantes acudió á presenciar el incendio, se oían las mas curiosas exclamaciones.

—¡El dedo de Dios!—gritaba uno.—¡El

fuego celestial.—¡El castigo de las explosiones terribles!—exclamaban otros.

Entretanto, el edificio se consumía.

Varias devotas que acababan de salir de misa, escuchaban los comentarios de la muchedumbre con la boca abierta.

—¡Virgen santa!—exclamaba una.—¿Qué habéis hecho?

—¿Quién sabe? Tal vez algún día veremos elevarse en él, paraje en que esta barraca ha sido tan rápidamente destruida, alguna capilla que conmemore este milagroso acontecimiento.

El Sr. D. Manuel Navarro Murillo, Jefe de trabajos estadísticos de la provincia de Soria y uno de los mas fervientes é ilustrados apóstoles del espiritismo, acaba de experimentar en su familia una horrible desgracia. Una hija suya de 10 á 11 años ha muerto en pocas horas, en medio de los mas crueles tormentos, á causa de haberse derramado sobre los vestidos el petróleo inflamado de un quinqué, sufriendo tambien quemaduras de consideración otra hija de ménos edad, que estaba al lado de su hermanita en aquel fatal momento. Deseamos al Sr. Navarro Murillo y familia la resignacion que necesitan para sobrellevar cristianamente el inesperado golpe que affige su corazon.

El juzgado de Saldaña instruye causa por estafa con ocasión de juegos prohibidos. Entre los procesados figuran cuatro sacerdotes católicos. Ahora es cuando creemos que el diablo anda suelto. ¡Atreverse á tentar á cuatro sacerdotes... católicos! ¡Cómo se va creciendo el espíritu maligno!

Dice *Las Circunstancias* de Reus, que el domingo dia 15 del actual, uno de los padres jesuitas que habitan el convento de San Agustín de la Selva, conocido en la misma por el *Eraret*, asómose á una de las ventanas del convento con ademanes de quererse arrojar por ella, y no pudiendo hacerlo, prorrumpió en desgarradores gritos pidiendo

auxilio á los vecinos, hasta que segun pudieron observar algunos de éstos, el referido *Eraret* fué violentamente arraucado de la ventana donde se hallaba asido con todas sus fuerzas é internado en el convento.

Este hecho ha dado lugar á varias sospechas, pues el *Eraret*, que solia ser visto con frecuencia por los vecinos de la poblacion, desde el dia de la referida ocurrencia no ha vuelto á aparecer por ninguna parte, ni ha podido saberse de su estado ni paradero por mucho que la curiosidad pública haya tratado de indagarlo, toda vez que á las preguntas que se hacen á quienes podrían saberlo se dá por toda contestacion: «El padre fulano es un loco; compadecedle.»

Tambien en Solsona se ha celebrado un milenario, el de la Virgen del Claustro. El feliz hallazgo de esta Virgen de piedra aconteció, á juzgar por el contenido de ciertos pergaminos que se suponen hubieron de existir, el dia 9 de Setiembre del año 880. Los pergaminos no parecen, ni tampoco testimonio alguno de que existieron; pero la fe trasporta las montañas. Un hecho como el hallazgo de una imágen milagrosa de piedra, se comprende que hubo de hacerse constar en pergaminos, ya que no en mármoles y bronce; y como quiera que ni el bronce ni el mármol dan noticia del suceso, queda probado que la noticia hubo de andar en pergamino, y que el pergamino hubo de perderse. En cuanto á la fecha del acontecimiento, no ha podido averiguarse que fuese anterior ni posterior al dia 9 de Setiembre del año 880, y por consiguiente queda fuera de toda duda que el citado dia es la fecha del acontecimiento.

Era, pues, una mañana, la del 9 de Setiembre del año 880. Sopla el cierzo, y los habitantes de Solsona, que no podian adivinar el próximo milagro, se entretenian soplando los dedos. Unos cuantos niños burlaban el frio correteando por el que hoy es claustro de la catedral y arrojándose unos á otros con fuerza una peiceta. Ignórase si fué por natural impulso ó por sobrenatural movimiento, pero se sabe por los extraviados



pergaminos, que la pelota, en uno de sus aéreos viajes, fué á parar al fondo de cierto pozo existente en aquel sitio. En un santiamén estuvieron todos los niños junto á la boca del pozo, y uno de ellos se ahallanzó con tan mala suerte, que cayó en él sumergiéndose en el agua. Figúrense nuestros lectores el terror y la gritería de los chicuelos, que escaparon en todas direcciones. Creyóse al principio que los moros habían escalado las murallas y penetrado en el recinto de la ciudad; pero luego, enterado mejor del suceso el vecindario, corrió en masa al lugar de la catástrofe, llevando cuerdas y otros utensilios propios en semejantes casos. Ya los primeros que llegaron se disponían á bajar al pozo, cuando ¡oh asombro! ¡oh pavor! ¡oh milagro! del fondo de las aguas se oyó subir una vocesita, que todos conocieron ser la del niño que se buscaba, entonando himnos encáristicos. Terminado el cántico, sacaron al infante de debajo de las aguas, el cual les refirió que debía su salvación á una hermosísima señora. Efectivamente, descendieron segunda vez, y subieron con una imagen de piedra negra, que es la que con el título de *Virgen del Claustro* se venera actualmente en la catedral de Solsona. Referir los milagros que se atribuyen á aquella santa imagen de piedra negra, sería cuento de no acabar, y habremos de dejarlo para más ociosa coyuntura. El pozo subsiste todavía y lo hemos visto muchas veces por nuestros propios ojos; es poco profundo, y está seco, debido indudablemente á la sequedad y poca profundidad de la fé de nuestro siglo; pero, de todos modos, la existencia del pozo, aun prescindiendo de los pergaminos, es ya un testimonio de la realidad del hecho, muy digno de ser tenido en cuenta.

El día de la celebración del milenario, 9 de Setiembre último, predicaron en la catedral de Solsona las glorias de la Virgen el R. lo. D. Luciano Sala y el Sr. Alcalde constitucional. Es la primera vez que sabemos de Alcaldes legos metidos á predicadores en los templos, y se nos hubiera hecho muy cuesta arriba dar crédito á la noticia, á no

haberla visto en letras de molde, en nuestro ilustrado colega local *El País*, suscrita por uno de los corresponsales de dicho diario que asistió á ambos sermones. No nos desagradará la novedad y deseamos que se generalice para fomentar la concurrencia á los templos.

La sociedad de estudios psicológicos de París, ha formado una asociación con el siguiente título: «El Libre Pensamiento Religioso, sociedad de asistencia moral y de enterramiento laico.» Procuraremos dar á nuestros suscritores la traducción de los 15 artículos de que se componen los estatutos de tan interesante y benéfica asociación. El pensamiento no puede ser más oportuno y digno de la atención de todas aquellas personas que por sus creencias están interesadas en que esta clase de sociedades se establezcan en todos los pueblos, para salvarse de los graves compromisos que diariamente ocasiona la intolerancia de los que han querido esclavizar la conciencia con la vana ostentación de ciertas fórmulas.

Mr. J. Guérin, de Villeneuve-de-Rions (Gironde) ha sometido á las reflexiones de los espiritistas un proyecto de conferencias espiritistas, considerando que de todos los medios de propaganda, la palabra es el más directo, rápido y convincente; puesto que los fenómenos del Espiritismo, están suficientemente comprobados, y que ha llegado el momento de enseñar y popularizar por todos los medios posibles la consoladora moralidad que de ellos se desprende. Mr. Guérin se suscribe personalmente en favor de esta obra tan eminente como útil, por la cantidad anual de 5.000 francos, y mil francos más para hacer frente á los gastos de un órgano destinado á publicar la Memoria de estas conferencias, y añade, que si es necesario aumentará la suscripción, deseando contribuir hasta donde alcancen sus recursos pecuniarios. Véase la «Revue» de París, del mes de Julio, en donde se lee el proyecto. Espiritistas como Mr. Guérin, necesitan imitadores, y de seguro los tendrá; todo es empezar.

#### ALICANTE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO  
de Costa y Mirá,  
calle de San Francisco, núm. 28.